

la palabra. Con ella hizo prestigios de arte: levantó arcos de triunfo, columnas votivas, monumentos heroicos, y al mismo tiempo labró ánforas delicadas, esculpió mármoles gloriosos, modeló finos tanagras. En este soberano estilista había un sensual, un genio voluptuoso, dotado de un temperamento tan maravillosamente sensible, que se estremecía, vibraba a la más insignificante sensación, a la más pequeña emoción. Honda conciencia humana, alma agudizada y comprensiva, que miró siempre desde lo alto. Cuanto sintió, cuanto aprendió, cuanto meditó este creador de arte, lo dibujó en la corriente diamantina de su lírica. Por eso fué proteico, multiforme, polifónico, *muy antiguo y muy moderno, audaz y cosmopolita*. En la Métrica y en la Fonética fué, acaso, más que un innovador, un sabio reconstructor. Abrevó en todas las literaturas, escuchó todas las armonías, admiró todos los panoramas. Era un sediento y libó en todos los vasos: un curioso, y atisbó en todas las gentes y en todas las cosas; un enamorado, y amó todas las sensaciones.

Sin entregarse, a ciegas, a Afrodita, rindió culto a Dionisos. No por eso dejó de ser creyente de Dios, medroso del más allá, y aún aterrorizado soñador de apariciones y vestigios. De cuando en cuando sentía el soplo del misterio. La realidad circundante se transparentaba para él, y le hacía contemplar los términos espirituales de la existencia. Por eso, a instante, su poesía tiene sentido esotérico. En el poeta, aparece el visionario.

Y no obstante, es él un artista, de ponderación, de equilibrio. Está lleno de salud estética. Es nuevo siempre, nunca rebuscado. Se ha nutrido de muchos jugos; pero las rosas de belleza que produce son de su propio rosal. La arquitectura de su versificación tiene una innegable originalidad, así se marquen en ella los arcaicos lineamientos del primitivo juglar, del mester de clerecía, de los trovadores del siglo xv, de los bucólicos italianizantes, como se diseñen las decoraciones suntuosas y extrañas de los poetas franceses: Mallarmé, Verlaine, Banville... Ah, pero jamás deja de ser él, desde la elocuencia contenida de sus odas civiles, en las que hay áureas resonancias de hexámetros, y relampagueos huguianos, hasta los juguettos madrigalescos que le inspiró su galantería, y que son a modo de vasos frágiles que trascienden a perfume de gracia.

No es tal vez la suya obra amplia y caudalosa en la que por entero se halle contenido su genio. Mas posee rasgos sólidos, definitivos, eternos. ¿Inconclusa? ¡Que importa! Imperecedera.

La existencia de Rubén Darío en España, dejó huellas anecdóticas, que sus amigos de aquí conservan como sagradas reliquias.

Porque este artista superior era un hombre adorable. Sencillo y reconcentrado, serio de mirada, sobrio de vocablos, solía llegar, en la intimidad, a la confidencia y a la expansión espiritual. Sus actos se caracterizaban por cierta inocencia, por cierta inexperiencia para distinguir el mal y comprender el engaño, y por una orientación continua hacia la bondad, la generosidad y la piedad que arrojaban polvo de astros en la suave penumbra de sus faltas. La memoria del poeta americano es amada y evocada por quienes departieron con él acerca de la belleza y de la vida. La muerte ha envuelto en velos immaculados esa memoria, como una madre que arropa

a su niño para que duerma tranquilamente.

En eso y en más pensaba yo, mientras disponía el ánimo para otra admiración, no ya a los muertos, sino a un vivo, a una fuerte y elevada mentalidad en ascensión: Alfonso Reyes.

La arenga de este predilecto amigo mío es una pequeña joya de pensamiento y sentimiento, una hermosa síntesis crítica impregnada de cordial emoción. Tiene la robustez y el calor de la juventud y la firme serenidad de una cultura sólida. El triunfo del representante de México fué grande. Me conmovió.

Madrid, octubre de 1922.

(*Excelsior*, México).

## El alma latinoamericana y su símbolo heroico

*Discurso de José Vasconcelos en las fiestas centenarias del Brasil. La entrega de la estatua de Cuauhtemoc al Brasil, descrita por Maximiliano Grillo.*

Río de Janeiro, septiembre 18: 1922.

Señor doctor don Eduardo Santos,

Bogotá.

RECIBA mi cordial saludo.

En medio de las fiestas espléndidas con que Río de Janeiro celebra el primer Centenario de la Independencia del Brasil, hago un breve paréntesis para recordar al inmejorable amigo.

Esta maravillosa ciudad de luz, de follajes y de panoramas hermosos, está engalanada como una Sulamita que espera a Salomón en su carro de oro y pedrerías.

Las fiestas sociales, es decir, las recepciones en Embajadas, los bailes de centenares de danzantes, no me entusiasman. En cambio, la revista naval, efectuada por S. E. el Presidente de la República, a bordo del acorazado «Barroso», en la bahía de Guanabara y la solemne entrega, hecha por el Embajador mexicano, de la estatua del indio Cuauhtemoc, el bravo azteca, quien hizo doblar en la «noche triste» la cabeza de Hernán Cortés, me han dejado impresión duradera.

Le envió el discurso que pronunció el señor Vasconcelos al ser descubierto el bronce del guerrero indígena, para que lo reproduzca en EL TIEMPO, si el material cotidiano le da espacio.

Me parece Vasconcelos una personalidad de hermoso relieve original. Es un pensador joven, de grave ceño y que, se diría, sólo vive para sus propios pensamientos y sus íntimos ideales.

Contestó el discurso del estadista mexicano el señor Ministro de Relaciones Exteriores, doctor de Azevedo Marques, en sobrias y discretas palabras. Mientras éste leía, entre el trepidar vertiginoso de los aviones que volaban sobre el «recanto de la bahía» de Guanabara, observaba yo cómo hervían el pensamiento y la emoción en los ojos azules del doctor Epitacio Pessoa. Al terminar el doctor de Azevedo Marques el señor Presidente, en un portugués broncíneo y musical, empezó una oración elocuentísima, llena de razones solemnes y patrióticas. Como yo hasta entonces no había tenido la fortuna de escuchar al más perfecto de los actuales oradores brasileros, no perdí una palabra del hermoso discurso, improvisado ante aquel sitio encantado de Río.

La estatua es digna del héroe; y Vasconcelos y el doctor Pessoa, dignos de América.

Los doscientos diplomáticos que rodeábamos al señor Presidente, olvidándonos, quizá, del enojoso protocolo, aplaudimos al Presidente del Brasil, como si nos halláramos entre camaradas.

Si el dolor—que dijo un noble espíritu—hace iguales a los grandes corazones, la elocuencia tiene el dón de igualar los espíritus, y el más grande y el más pequeño vibran al unísono.

Su afectísimo amigo,

MAX GRILLO.